



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE S. ANTONIO 64, 4.º, 1.ª

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS:

Núm. 147

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

# REVISTA POLÍTICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

## COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.  
 Excmo. Sr. Barón de Bretauville.  
 Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.  
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.  
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.  
 D. J. Llorens Fernández de Córdova.  
 D. Juan Vidal de Llobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.  
 D. Tirso de Olazabal.  
 D. José Luís Ortíz de Zárate.  
 D. Reynaldo Brea.



*Margarita*



## EL GRAN CENTENARIO



LABORAZADA celebra la Comunión tradicionalista en el presente mes el XIII centenario de la conversión de Recaredo al Catolicismo é implantamiento en nuestra patria de la Unidad católica.

No faltará quien crea que EL ESTANDARTE REAL, por su índole esencialmente militar, no tiene por qué asociarse á esta fiesta de los católicos todos de España.

Tal habrá que juzgue que no existe enlace entre aquel hecho puramente religioso y los de guerra que trata de perpetuar esta publicación.

Precisamente la vida de la Comunión tradicionalista, la base sobre que descansa nuestro Credo, se encuentra en las luchas de Religión, de que fueron causa original la diversidad de creencias que extrañas dominaciones trataron de imponernos.

Y tan extrañas fueron en nuestra patria las dominaciones arriana musulmática y en la Edad Media, como en la moderna lo es la del Liberalismo.

El pueblo católico español ha sabido comprender siempre la ventaja inmensa, la necesidad absoluta de vivir amparado bajo una sola fe, y, por tanto, con indomable energía combatió á los que en siglos anteriores trataron de arrebatársela, y con noble empeño lucha hoy contra los que han consumado la obra á que no lograran antes dar cima los enemigos del Crucificado.

Admitida la infalibilidad del Credo católico, aceptada como indiscutible la doctrina de la Iglesia, no cabe más que sujetarse incondicionalmente á sus preceptos, que vedan otorgar la misma consideración á la Religión que afirmamos ser la única verdadera, que á las sectas disidentes que se oponen á las enseñanzas de aquella.

Por esto es que la fiesta del presente mes pertenece por derecho propio y exclusivo á la Comunión carlista que en los campos de batalla ha luchado, á la par que por el engrandecimiento de nuestra patria, por la devolución de los derechos imprescriptibles que la Iglesia tiene derecho á exigir.

Ya lo hemos dicho en otra ocasión: sin el principio religioso que informa nuestra bandera, no tendría razón de ser nuestro Partido. No se ha tratado sólo de dirimir en nuestras guerras un principio dinástico: otro más importante y muy superior á él dividió á los españoles en el primer tercio del presente siglo, y por ese mismo han derramado últimamente su sangre legiones de héroes que se sacrificaban antes que por el R... por Dios y por la Patria.

No pretendemos rebajar, con este concepto, la idea monárquica que estimamos con entrañable amor; si tal hiciésemos caeríamos en la ridícula teoría de los que, olvidando las glorias adquiridas por nuestros antepasados á la sombra del Trono, ultrajan la dignidad real desconociendo su trascendencia é influjo, su poder é importancia.

Juzgamos como complemento del principio monárquico el principio religioso; estimamos uno y otro como inseparables, y que deben prestarse mutuo apoyo para unidos labrar la felicidad de los pueblos; nos consta, como constar debe á todo español, que la Tiara y el Trono son los más firmes baluartes dó se estrellan las iras de la Revolución, que precisamente por esto los combate con saña, pues sabe que son sus únicos pero formidables adversarios.

Cuanto tienda á ensalzar la Realeza y á dignificar la Religión, hallará eco en el corazón de los carlistas españoles; todo lo que fuere conducente á conculcar los

derechos que á una y otra atañen, será mirado con desconfianza por los que, por Dios y por el Rey, sacrificáronse siempre con fe ciega y delirante entusiasmo.

La historia nos recuerda en este mes la efeméride más gloriosa de cuantas ilustran sus páginas: la de un rey arriano haciendo pública profesión de fe católica: ¡cuántos reyes católicos de hoy miran con desdén, sino con desprecio, la fe abrazada por el ilustre rey godol! Establece Recaredo la unidad religiosa, y marchando de común acuerdo la autoridad eclesiástica y el poder civil, dan días de gloria á nuestra Nación, hasta formar de los pequeños Estados que la componían, uno solo, potente, vigoroso y que se impuso á los demás Estados.

Llega á su apogeo ese engrandecimiento, en los siglos de fe, no en los de incredulidad; realzarse proezas de perdurable recuerdo, cuando unida la Corona á la Cruz, se auxilian y apoyan en empresas increíbles por lo atrevidas; Alfonso I y Alfonso II, Alfonso V y Alfonso el VIII, rescatan una á una las conquistas de los árabes, precediéndoles en su carrera victoriosa el lábaro de la Cruz; ésta, en cambio, enseña á los pueblos á estimar en sus reyes á los predestinados por Dios para dirigirles y gobernarles; la Cruz acompaña á Isabel en Granada y á Colón, camino de las Américas; y si en Carlos I y en Felipe II nos fijamos, ¿á qué debieron su gran poderío, sino al celo religioso que les animaba? ¿hubieran, acaso, sin él, sostenido luchas titánicas en que fueron vencedores; habríanse atrevido á luchar contra tantos y tan implacables enemigos, como los que se les presentaron en abierta oposición, si una misma no hubiese sido la Religión de todos los españoles, si la fe no hubiese hermanado á los hijos de este noble suelo, que defendían todos á un Dios y á un Rey?

En tanto presta la Corona su apoyo á la Cruz, sujeta ésta á los pueblos con las armas de la persuasión y de la caridad; inspirándose la Realeza en la Religión, es como una ilustre Reina, más afanosa por conquistar fieles á la Iglesia, que súbditos á su Trono, se desposee de sus joyas, y pueblos desconocidos adoran, poco después, al verdadero Dios.

¿Qué hubiera sido de nuestra patria sin ese enlace y mutua protección entre el poder real y la Iglesia? La historia del presente siglo nos lo revela claramente. Se han desligado paulatinamente los lazos que unían ambas potestades, y simultáneamente hanse separado de la Corona española los florones que constituían su más bello adorno. Ni paz interior, ni respeto en el exterior, ni poderío, ni engrandecimiento nos han sabido proporcionar los gobiernos hijos del Liberalismo, y, por fin, nos ha sido arrebatada la gloria más preciada: la que conquistó Recaredo y afirmaron los Reyes sus sucesores, la Unidad católica.

Por su conservación luchó la Comunión tradicionalista en los campos de batalla de nuestra patria; por la reconquista de esa perdida Unidad, trabaja hoy incansable el Partido carlista, en el terreno de la propaganda; á él sólo cumple, por tanto, apellidar como suyo el Centenario que conmemora una de las fechas más gloriosas de la historia de España.

F. DE P. O.

No nos podemos negar á la inserción del siguiente escrito, que nos remite un desgraciado carlista, confinado en Ceuta:

### MI CRIMEN

Hace más de doce años que me encuentro en presidio, y quedánme cerca de ocho para cumplir. Ase-



nato es mi delito, delito que se perpetró del modo siguiente:

Nos encontrábamos en la Comandancia de armas de Artesa de Segre (Lérida), el año 1875, mi padre, que era capitán y jefe de ella y dos individuos como auxiliares. Prestábamos excelentes servicios á nuestra Causa en aquel afluyente y céntrico punto. No había liberal imprudente, soldado rezagado, voluntario atrevido, oficios del enemigo ó raciones para el adversario, que no cayesen en nuestro poder. Éramos la pesadilla del contrario, la hostilidad activa, el Argos tradicionalista de aquella comarca. Así es, que el odio que les inspirábamos á nuestros enemigos fué aumentándose más y más, y el deseo de sorprendernos para aniquilarnos se despertó de tal modo, que con mucha frecuencia caían sobre el pueblo para lograrlo, sin que lo consiguieran nunca. Estos fracasos, de los que salían siempre con las manos en la cabeza, avivó más el vehemente deseo de venganza.

Un día fuimos avisados de que venía una partida de *peseteros*. Estaba muy próxima y salimos tiroteando, dejándonos en el pueblo á Jaime Colomines, que se encontraba enfermo, pertenecía al 5.º batallón de Lérida y era hermano del que hacía el servicio con el que suscribe. Fué, naturalmente, hecho prisionero el Jaime por la partida, le hicieron levantar del lecho y se lo llevaron. Antes, el pueblo de Artesa en masa y con sus autoridades á la cabeza, pidió no lo matasen, y el jefe de la partida D. Jerónimo Platots, prometió no matarlo; pero al cuarto de hora de camino apostató de su promesa aquel jefe cruel, y Artesa de Segre dió sepultura cristiana á aquel mártir...

Ahora bien; ¿nosotros, con nuestra conducta nos habíamos hecho acreedores á que se nos tratase con tanta crueldad? Siete prisioneros de un Batallón de marina contestarían, no; voluntarios que cogimos dirían, no; y todos los soldados sueltos que habíamos aprehendido hubieran protestado por el asesinato cometido con Jaime Colomines.

El hermano del muerto estaba desesperado, y á los pocos días del luctuoso acontecimiento narrado, cogíamos prisionero al soldado del regimiento de Bailén, León Antonio Alvarez. Conducíamos el preso á la Comandancia desde el pueblo de Baldomá, y yo tuve necesidad de detenerme unos momentos, cuando oigo un tiro, acudo corriendo y veo al soldado preso, tendido en el suelo luchando con el estertor de la agonía.

—¿Por qué has muerto al prisionero?—le pregunté con severidad á mi compañero.

—Porque quería fugarse.

Con repugnancia dí el parte de la muerte del soldado, porque manifestaba haber sido en el acto de huir, dato importantísimo que ignoraba completamente.

Finaliza la guerra, somos indultados, volvemos al hogar doméstico, y á los dos meses se susurra que vamos á ser procesados por la muerte del prisionero de Bailén. De la sospecha pasa á la seguridad, y entonces Miguel Colomines me invita á traspasar la frontera de la vecina República. Pero yo, como soy inocente, no accedo, y Colomines huye. Se me prende, procesa y sentencia á veinte años de cadena temporal. ¡Cuánto puedo decir del procedimiento! Pero no diré nada, pues por pedir clemencia fuí denunciado en las columnas de *La Fe*, y ahora si presentase datos irrefutables, como puedo exponerlos, sería agravar mi situación.

El Miguel huyó á Francia, y, en rebeldía, fué sentenciado á cadena perpetua. ¿Puedo estar resentido contra el verdadero y único autor del delito que pago yo? No. Pero ¿caso mató al soldado el Colomines? ¿No le mató el teniente Platots?

Aquí se ven, ó dos asesinatos ó ninguno; uno con circunstancias agravantes, el otro con atenuantes. El

más grave se premia, el más leve se condena con pena infamante é interminable....

DOMINGO ARIET COLL

Presidio de Ceuta, Abril de 1889.

Sabemos cuanto vale la libertad, porque nos hemos visto privados de ella; y compadecemos, por tanto, doblemente á cuantos sufren las consecuencias de un momento de obcecación, que en el caso presente tiene un atenuante poderoso por haberse cometido el delito en situación de guerra.

Unimos, pues, nuestros clamores á los de los infelices carlistas confinados en Ceuta, y demandamos para ellos un perdón que lleve á su alma el consuelo de que tanto ha menester quien, sin ser criminal de profesión, se ve confundido con los que no tienen otro hábito que el vicio y el crimen.—O.

## ESTUDIOS MILITARES

### LA ÚLTIMA VICTORIA



BIEN ruda, por cierto.

¡Pero, qué combate tan encarnizado! ¡qué de sensibles bajas en uno y otro campo! ¡qué ardimiento sin igual en el ataque y qué tenacidad en la defensa! Vamos á hablar un rato al lector de la lucha de Mendizorrotz; advirtiéndole que no estuvimos en ella; así es que nuestro relato será imparcial, en la verdadera acepción de la palabra, si bien pudimos enterarnos muy al detalle de la batalla, por razón de nuestro cargo entonces.

La víspera, ó sea el 29 de Enero de 1876, hallábase el General carlista Conde de Caserta, en Estella, cuidando de su extensa línea defensiva, cuando á las altas horas de la noche recibió un telegrama del Jefe de la línea atrincherada de Guipúzcoa, concebido poco más ó menos en estos términos: «A S. A. el General en Jefe, el Brigadier Rodríguez Vera.—Por confidencia segura que acabo de recibir del Comandante Mugarza, he sabido que el enemigo se propone romper mis líneas en la madrugada de mañana. Ruego á V. A. ordene se me refuerce, pues se dice que el General Morales de los Ríos, encargado de aquella operación, dispone de doce mil hombres, y yo no tengo á mis órdenes mas que á los Batallones 5.º y 6.º de Guipúzcoa.» En el momento de recibirse el anterior despacho, y en consonancia con los deseos manifestados por Vera, ordenó S. A. al Comandante General de la Provincia que reforzara inmediatamente la línea amenazada, como así lo verificó éste, enviando la mayor parte del 11 de Navarra, al mando de su Teniente Coronel Eguiazu, no haciéndolo de mayor fuerza, á causa de lo extendido de las posiciones carlistas, y, por lo tanto, del considerable número de Batallones empleados en su custodia.

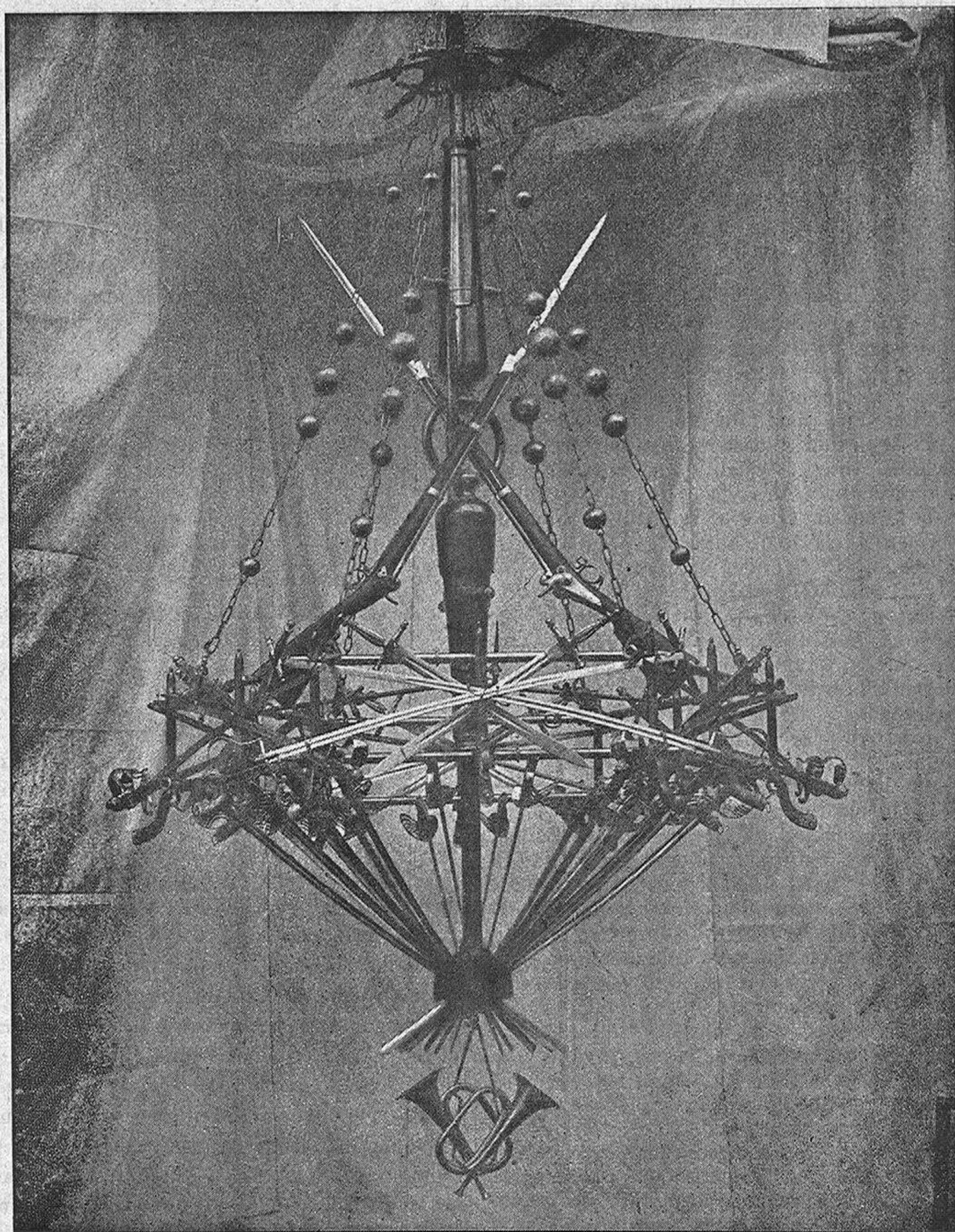
Al llegar á noticia del General en Jefe el cumpli-



miento de sus órdenes, quedó, si no tranquilo, porque esto no podía ser en vista de la desproporción en que iban á encontrarse los carlistas con sus enemigos, por lo menos con fiado, al recordar que los Batallones eran mandados por los Coroneles Blanco y Pérez Dávila y

que ambos con Eguiazu lo estaban á su vez por Rodríguez Vera.

Mal día, sin embargo, pasó el Conde de Caserta y todo el ejército, por la comprometida situación en que consideraban se encontrarían las fuerzas guipuzcoanas,



Palacio Loredán. — Araña de trofeos militares

pero casi á las 24 horas de haberse recibido el aviso telegráfico que hemos transcrito, se recibió otro que también aproximadamente decía:—«Enemigo rechazado en la línea de los fuertes con sensibles pérdidas: Blanco y Eguiazu muertos. Liberales entraron dispersos en San Sebastián y ordeno al Jefe de la Bateria de Venta Ziquín arroje sobre ella todos los proyectiles disponibles para completar su derrota.» En afirmación de este despacho se recibió á los pocos

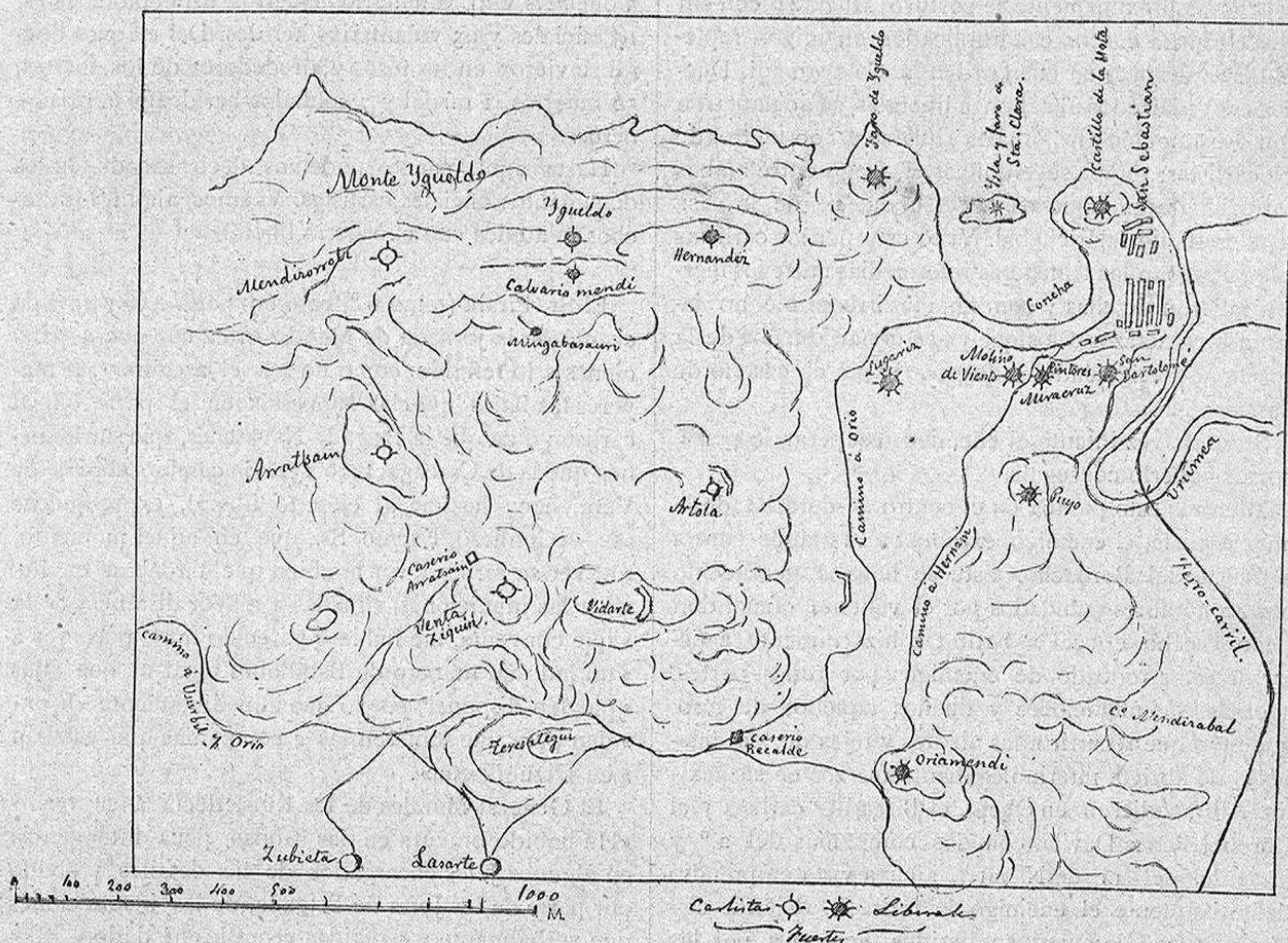
días el parte oficial de la batalla, corroborando la noticia de la victoria conseguida por los carlistas, que copiaremos en extracto á nuestros lectores, dándoles antes una idea de las posiciones objeto de la lucha y completando este estudio militar con las apreciaciones del hecho por los escritores liberales y por la Narración de la guerra, hecha por el Cuerpo de E. M. del Ejército.

Como éste no tenía en Guipúzcoa más base de ope-



raciones que de Irún a San Sebastián y Orio, para concentrar y acumular elementos ofensivos, y su salida natural para atacar el carlismo le estaba casi cerrada por el primer punto por la peña de Aya, (véase el croquis) a causa de la mucha fuerza numérica que para ello necesitaba, así como por el centro por las posiciones de Choritogueta, San Marcos, etc., y le convenía sobre todo la última línea, que podía llevarle desde Guetaria directamente en poco tiempo a destruir las fábricas carlistas, y posesionarse por completo en un breve plazo de la Provincia, claro es que los carlistas, comprendiéndolo así, habían de acumular defensas

tales que impidieran el avance de los liberales, economizando, por consiguiente, el número de los combatientes. De ahí que no sólo los Ingenieros carlistas, a cuyo frente se hallaba el Coronel Garín, sino los Jefes de Brigada y aun los de los Batallones, estudiaran el terreno conveniente para sacar de él todo el mejor partido posible y establecieran por sí parapetos, trincheras y zanjas, que poco á poco se convirtieron en fuertes reductos defendidos entre sí y capaces para alojar una ó dos compañías en cada uno, quedando el resto de ellas libre para auxiliar al que se viera más comprometido. Así se venía haciendo meses antes, y de ahí



Plano de la batalla de Mendizorrotz

que en la cordillera de Igueldo se construyeran cinco reductos en las alturas de Teresategui, el Bordacho-Mendizorrotz, Vidarte, Celayamudi y algún otro que no recordamos, casi en línea recta, y de la manera referida, cuyas guarniciones se relevaban periódicamente por la fuerza libre de los dos Batallones dedicados á su guarnición. Un poco á retaguardia de estas posiciones se había construido una fuerte Batería acasamatada, artillada con dos cañones Witvort, de siete y medio centímetros, á cargo del Teniente Coronel Torres, no sólo para contribuir á la común defensa, sino para arrojar granadas sobre la plaza de San Sebastián. Esta Batería se construyó de aquel modo, por hallarse rodeada y dominada por la artillería de los fuertes enemigos de Lugariz, Oriamendi, Puyo, Igueldo, etc. (véase el croquis). Formada, pues, una idea

del terreno de las operaciones, no pudo escaparse á la perspicacia del General Moriones, que dueño de Gárate y rota la línea carlista en Mendizorrotz, tendrían que abandonarla y por ende dejar libre la Provincia, al replegarse en malas condiciones, teniendo al enemigo á retaguardia. Así es, que contando con un golpe de mano sobre Guetaria y Gárate, podrían á la vez lanzarse otras fuerzas de San Sebastián que redondearan su operación. Dió, sin embargo, órdenes terminantes á la División Morales de los Ríos, para que no extremara el ataque si los carlistas oponían mucha resistencia, pues le bastaba únicamente que secundara sus miras, distrayendo fuerzas enemigas.

Antes de amanecer, pues, salió el General Morales de San Sebastián, pero ya encontró prevenido al Bri-



gadier carlista Vera: compañías de los Batallones 5.º y 6.º ocupaban los reductos, y él, con los Jefes y el resto de su fuerza, que podría ser á lo sumo Batallón y medio, pues el 11 de Navarra no había llegado todavía, se situó en el centro de la línea para acudir á su defensa.

Rota la marcha por las fuerzas liberales, cayeron como una avalancha sobre el fuerte avanzado de Vidarte, que cubría el Comandante Mugarza. Este tenía órdenes terminantes de Rodríguez Vera para sostenerse á todo trance, ínterin acudían fuerzas á su socorro, y se cubría de ellas la verdadera línea de defensa. Dos horas próximamente se sostuvo Mugarza con sin igual bizarría contra cuadruplicados enemigos, replegándose después en buen orden á Celayamudi. Dueños de Vidarte los Batallones liberales, se adelantaron con desconocido arrojo hasta situarse á 200 metros de los carlistas; rompióse entonces el fuego entre ambas partes, logrando aquellos hacerse dueños de la casa aspillerada de Iclurichabal. Visto esto por los carlistas que ocupaban las trincheras intermedias entre los fuertes, salieron de ellas y con ímpetu irresistible arrojaron á bayonetazos á los que ya se creían dueños de la posición, persiguiéndolos después hasta el caserío de Barcaistegui.

Segunda vez intentó el enemigo recuperar lo perdido sin poderlo conseguir.

Mientras esto pasaba en el centro y derecha de la línea carlista, el enemigo extremaba su ataque contra el fuerte del Bordacho. Este se hallaba guarnecido por 40 hombres mandados por el valiente oficial don León Trechu, el cual se batió tan bizarramente, á pesar de estar rodeado de enemigos por todas partes, agotadas sus municiones y dueños aquellos del foso, que tuvo que recurrir á las piedras y tejas de sus chabolas de abrigo, ínterin llegaban refuerzos en su auxilio. Allí acudieron, en efecto, el Brigadier carlista y el Coronel Pérez Dávila, con dos compañías del 2.º y otras dos del 11 de Navarra, á cuya vista emprendió definitivamente el enemigo la retirada, dejando cubierto el foso de muertos y heridos, acosados por las tropas de refresco y las que salieron del reducto, equilibrándose así el combate y dejando muy alto el honor de las armas carlistas. Pronunciado, pues, el movimiento de retroceso desde Igueldo, pensó, sin embargo, el enemigo, sostenerse en Vidarte, como así lo verificó por algún tiempo, viéndose forzado á abandonar este último punto de refugio, perseguido con bravura y tenacidad por el Comandante Mugarza y algunas compañías del 11 de Navarra y 2.º y 6.º de Guipúzcoa.

Sería interminable referir las peripecias y los rasgos de verdadero valor y tesón de los carlistas, iguales sólo al arrojo de los liberales, y citaremos únicamente uno de los párrafos del parte oficial dado al Genral en Jefe por el Brigadier Vera, que dice así:—«No puedo menos de citar á los Jefes de puestos, que hicieron inútil mi presencia por sus brillantes defensas; á los ingenieros, que dejaban sus picos y azadones, empuñando los fusiles para ayudar á la Infantería; á los artilleros, que á más de hacer magníficos disparos, concluyeron

por cargar al lado de ésta, cuando agotaron sus municiones, y hasta á los brigaderos, que por el camino más corto, aunque peligroso, trasportaban cartuchos de un punto á otro, y, por último, á los malogrados Coroneles del 6.º y 11 de Navarra, Blanco y Eguiazu, que en medio de las guerrillas sellaron con su heroico valor, el juramento á sus banderas. Cito asimismo al Sr. Brigadier Arrich y al Capellán D. Pedro Lasarte, los cuales, sin puesto señalado en la acción, se hallaron á mi lado, recorriendo los sitios de mayor peligro.»

La victoria costó á los carlistas la pérdida de 2 Jefes, 5 oficiales y 35 voluntarios muertos, así como 2 Jefes, 15 oficiales y 93 voluntarios heridos. Del ejército liberal se vieron en los fosos y alrededores de los fuertes, 50 muertos, 1 oficial y 7 soldados heridos y 6 prisioneros.

Hasta aquí, cuanto podemos decir, sacado de los documentos oficiales carlistas. Veamos ahora los hechos relatados con el criterio liberal.

El Sr. Pirala (tomo 6.º, cap. 69, págs. 456 y 457) da cuenta de la jornada de Mendizorrotz con pocas variaciones á lo referido, como no sea el asegurar ser mayores las bajas que las supuestas en el parte oficial carlista; dice que la Brigada Navascués, que sufrió menos que la de Careaga, tuvo 232. En cambio, el parte de Vera, hace justicia al ejército liberal, expresándose así:—«Confieso, Excmo. Sr., que en aquel momento, » al ver su arrojo y ver también que tardaban en llegar las municiones, situadas á mayor distancia de la » que convenía, me hubiese parecido muy poco ver á » mi lado un número de Batallones igual al que ellos » pueden disponer, por lo que inmediatamente dí orden para que subiesen las 2 compañías que estaban » en Urzúbil, etc.»

El General Morales de los Ríos, decía á su vez:—«Ha habido bravura en las tropas, poca inteligencia en algunos Jefes encargados de los detalles, y olvido por parte de los Jefes de Brigada, de las instrucciones que verbalmente y repetidas veces les he dado.»

El General de División Moriones, decía al General Quesada, «que de los informes adquiridos por oficiales » de E. M. y otros, resulta, que tanto el ejército como » el público, culpan al General Morales, etc.,» en vista de cuya comunicación, el General en Jefe mandó formar sumaria, para averiguar las causas del desastre. ¡Qué cierto es que nunca se pone en claro en las derrotas el verdadero causante de ellas!

La Narración militar de la guerra carlista, escrita bajo la dirección del Cuerpo de E. M., describe con gran copia de datos oficiales, 1.º el verdadero plan que se proponía el General Moriones, que, como sabemos, era romper la línea carlista por su izquierda, por medio de un ataque combinado desde Gárate y San Sebastián; y el 2.º el avance material de la División Morales de los Ríos á los atrincheramientos del Brigadier carlista Vera con ocho ó nueve Batallones y su correspondiente artillería. Al ver el fracaso de su subordinado, cargó toda la culpa sobre éste, en términos



de aconsejar al General en Jefe Quesada, la formación de sumaria para averiguar los hechos. A nuestro juicio, no toda la culpa fué del General Morales, pues sus fuerzas no pudieron batirse mejor ni con más arrojo: al General Moriones le aconteció en Mendizorrotz lo que en Somorrostro; padeció dos gravísimos errores: 1.º atacar de frente posiciones atrincheradas fuertemente, y, 2.º suponer en ambos casos quebrantada la moral del ejército carlista. ¿Por qué por su parte no secundó la operación? ¿Por qué al sentir el fuego empeñado hacia Mendizorrotz, no avanzó él con los numerosos Batallones de que disponía en Gárate y Zarauz? Para nosotros está fuera de toda discusión, que si ambos ataques hubieran sido simultáneos, el Brigadier carlista, no hubiera tenido más remedio, al verse cogido entre dos fuegos por tan numerosas y aguerridas fuerzas, que replegarse con sus valientes pero merma-dos Batallones, dejando paso franco al enemigo.

No debe caber al lector, pues, la menor duda, de que la defensa de la línea atrincherada de Mendizorrotz constituye una de las más brillantes páginas del Ejército carlista en la pasada guerra civil, confesada, aunque con algunas *restricciones mentales*, por sus mismos contrarios.

UN MILITAR CARLISTA

## ESTUDIOS BIOGRÁFICOS

D. MARIANO TORRES DE NAVARRA

**L**EL levantamiento del sitio de Bilbao en 1.º de Mayo de 1874 imprimió, como no podía menos, una nueva fase en el ser y estado del Ejército carlista del Norte. Apreciadas perfectamente en la práctica las diferencias de los apenas nacidos Batallones, careciendo hasta entonces aquél de la poderosa ayuda de las bocas de fuego, pero con fundadísimas esperanzas de recibir del extranjero numerosos cañones, claro es que la reorganización del ejército era materia urgentísima y que no hubieron de olvidar, no sólo Don Carlos sino los Jefes y oficiales de todas y cada una de las armas de combate. Esperándose, pues, el próximo arribo de cañones para Baterías de campaña y de sitio, el Brigadier Jefe de la Artillería no podía permanecer ocioso, y desde luego ordenó una concentración en Vizcaya de los Jefes y oficiales del Cuerpo para acordar entre todos el medio mejor y más rápido de preparar todos los elementos necesarios para combatir, empezando por buscar y elegir Comandantes para las futuras Baterías y concluyendo por organizar las precisas Fábricas para dotarlas de montajes, bastes, carruajes y proyectiles. Vióse, sin embar-

go, que el número de aquellos era muy exiguo para responder á todos los servicios, pues cada una de las futuras Baterías no podía contar escasamente sino con un solo oficial facultativo, dado que entre todos (aun contando los Alumnos de la Academia) no llegaba á 24, y de ellos había que descontar cuatro ó seis para las Maestranzas y fundiciones. Pero Dios, con el cual hay que contar en todas ocasiones, llenó esta urgentísima necesidad. Había por aquel entonces un grupo de oficiales y Jefes del Cuerpo general de la Armada, que no teniendo puesto adecuado á sus conocimientos y deseos, se hallaban en los Estados Mayores y en los Batallones, siendo así que por su índole pudieran figurar, como honrosísimamente figuraron después entre los artilleros facultativos carlistas. A propuesta del de mayor graduación de ellos, acogida con los brazos abiertos por el Comandante General de Artillería, ingresaron y se fundieron digámoslo así, en el Cuerpo, todos aquellos oficiales de Marina que por su graduación podían hacerlo. Entre ellos figuró D. Mariano Torres de Navarra, Teniente de Navío, con el empleo de Comandante, siendo destinado, como sus compañeros, al Tren de sitio.

La noticia de su reciente muerte, acaecida siendo Gobernador de las Carolinas, ha sumido nuestro corazón en honda tristeza, y ha sido causa de que recurriendo á la memoria, podamos dar una ligera idea de sus méritos, pues que desgraciadamente carecemos de documentos oficiales á él relativos. No es, por lo tanto una acabada biografía la que nos proponemos escribir, sino expresar el vivísimo deseo de que ni su nombre ni su memoria desaparezcan entre el inmenso número de soldados oscuros que dan su vida por la Patria. Dotado de un corazón y de una inteligencia poco comunes, ha sido uno de los que van desapareciendo del libro de la vida y de los que modestamente nacen, viven, crecen y por último (como las plantas) se debilitan y mueren.

Precedido venía Torres de una bien sentada reputación, no sólo como oficial de mar, sino como Jefe de un Batallón alavés, casi desde su organización. Cristiano y caballero, estaba destinado por la Providencia á obtener honra y gloria, llenando cumplidamente cuantos puestos se le confiaron. Tocóle al que suscribe la suerte de tenerlo á sus órdenes en el sitio de Irún, donde con notable actividad y bizarría, acreditó sus dotes militares en la Batería de San Marcial y donde es aún más difícil,



en las penalidades y contrariedades de una campaña.

A primeros de Marzo de 1875 se encontró otra vez Torres en la línea de Guipúzcoa tomando una parte activa en las operaciones de la línea del Oria, rompiendo á cañonazos el puente de dicho punto y hostigando y molestando con sus fuegos la casa atrincherada que tenían los liberales en Damasco-Echevarría y el campamento enemigo de Mendibelzt. Por aquellos días decía así una correspondencia de *El Cuartel*

*Real*:—«Aya, 11 Marzo. Se consiguió la rotura del puente de Oria, que ponía en comunicación los Batallones enemigos que guarnecían Mendibelzt y Damasco, teniendo que relevarse de noche las fuerzas que guarnecían este último punto, por impedirlo de día el continuo fuego de las Baterías de Aya. Las fuerzas carlistas se componían de dos batallones Guipuzcoanos al mando de Iturbe, de la Batería de Montaña de Reyero y de las piezas de sitio Witvort que mandaba Torres. La noche del 10,



Un mártir por la Unidad católica. (Composición y dibujo de D. Paciano Ross)

previo el oportuno cañoneo, fué desalojado el enemigo de las zanjas que ocupaba alrededor de la casa-fuerte y obligado á guarecerse en ella, siendo nuestras bajas 12 ó 14 y la de aquellos 50: nuestra artillería admirable.»

A principios de Mayo se pensó seriamente por los carlistas, en poner sitio á Guetaria, á cuyo fin establecieron una Batería en el alto de Gárate y otra de Campaña mandada por el entonces Coronel, Rodríguez Vera en la falda del mismo monte. El día, 14 pues, rompióse el fuego por

ambas Baterías y mientras la de este último tendía con sus fuegos á abrir brecha, como hubo de lograrlo, la de Torres cambiaba sus granadas con el castillo, haciendo á la vez frente á los tiros de la goleta *Consuelo* y otros barcos de guerra. Pero como quiera que las cañoneras no daban campo de tiro suficiente para contestar á estos últimos, Torres mandó á sus artilleros sacar de Batería dos Witvort y á cuerpo descubierto se estuvo defendiendo y ofendiendo á los buques del Gobierno liberal, hasta que la noche puso fin al com-



bate. Hecho fué este que elevó á un alto grado la serenidad y bizarría de Torres, por el cual fué ascendido á Teniente Coronel.

Cuando más adelante comenzaron los bombardeos de los puertos de la costa Can-

tábrica ocupados por los carlistas, hubo que defenderse por estos, estableciendo una línea de Baterías y, á Torres cúpole la inspección y dirección de las de Guipúzcoa ó sean Zarauz, Deba y Motrico, cuyo man-



Anfora de plata, regalo de Don Carlos para el Certamen conmemorativo del establecimiento de la Unidad católica en España

do parcial fué desempeñado por oficiales de campaña, ó sean los procedentes de la Academia de Azpeitia. No fué, por consiguiente, Torres, quien dirigió la granada que cortó los días de su antiguo Jefe, el denodado Brigadier liberal, Barcáztegui, como muchas veces se ha dicho, sin duda

para rebajar la memoria de Torres ante sus compañeros de la Armada.

Infatigable Torres, marchó después á las órdenes de Pagés, á dirigir las Baterías que ofendían y cambiaban disparos casi diariamente entre Hernani y su Castillo de Santa Bárbara dotados de superior artille-



ría. En uno de aquellos días salió contuso en la espalda por un casco de granada.

Llegamos ya al término de estos ligeros apuntes, pero no sin antes relatar su último hecho de armas. Nos referimos al ataque llamado de Mendizorrotz: mandaba esta línea atrincherada el Brigadier Rodríguez Vera, y Torres, á su vez, la Batería acasamatada llamada de Venta Ziguín que dirigía sus fuegos á San Sebastián. Al terminar el reñidísimo combate que el citado Brigadier sostuvo contra el General liberal M. de los Ríos, á quien hubo de rechazar hasta las mismas puertas de San Sebastián, preguntó á Torres si la Batería de su mando disponía de municiones, y al ser contestado afirmativamente, dió la orden de arrojarlas contra la capital de Guipúzcoa para ratificar y completar la derrota del enemigo. Excusado es decir que Torres consumió hasta su último cartucho contra la plaza liberal.

La guerra terminó; Torres, que había ascendido á Coronel como tantos otros, se vió obligado á emigrar, y, gracias á que encontró en Poitiers un Colegio donde enseñando Matemáticas, pudo siquiera ganar el pan de cada día: posteriormente regresó á Madrid donde dando lecciones particulares pudo esperar el día en que sus antiguos compañeros de la Armada brindaron á los marinos carlistas con ocupar sus antiguos puestos en el escalafón. Proceder tan noble y generoso, fué aceptado por los oficiales carlistas, y Torres fué destinado á Filipinas, donde ya combatiendo con los moros de Mindanao y Joló, ya gobernando luego las Islas de la Paragua y Carolinas, acreditó sus excelentes dotes de mando. Desempeñando este último destino, le sorprendió la muerte y al que esto escribe, la noticia de ella, comunicada por el telégrafo. Admirador como el que más de cuantas relevantes cualidades poseía el intrépido é inteligente camarada, no he podido menos de recordar la íntima amistad que me uniera con él y que la muerte ha interrumpido, dedicando á su buena memoria estos ligeros apuntes y pidiendo á Dios dé paz al caballero y al cristiano.

ANTONIO BREA

Abril de 1889

## EJÉRCITO CARLISTA

INSTRUCCIÓN SOBRE UNIFORMES

*Excmo. Sr.*

**D**ESEANDO S... el R... que se vayan uniformando los cuerpos del Ejército carlista, y con el objeto de que todos sus individuos tengan reglas fijas á que sujetarse á medida que les sea de absoluta necesidad hacerse nuevos uniformes, he dispuesto que los Sres. Comandantes Generales y demás autoridades del Ejército, hagan saber á todos sus subordinados lo siguiente:

Art. 1.º Todos los Generales, Jefes, Oficiales y Cadetes de nuestro Ejército, usarán en adelante la levita azul turquí oscuro, quedando prohibida terminantemente la construcción de nuevas prendas que no sean exactamente iguales á las que se preceptúan en esta circular.

Art. 2.º En vez de una hilera de botones que aquellas tenían, se pondrán dos verticales con siete cada una y 120 milímetros equidistantes. Los Generales y Brigadieres llevarán los botones con el escudo de las armas de España, los primeros dorados y los segundos blancos; los cuerpos especiales con el emblema del suyo respectivo; y los demás con las iniciales C. VII y la Corona Real.

Art. 3.º En cada una de las carterillas se pondrán tres botones en lugar de dos que hasta ahora estaban prevenidos, debiendo quedar los faldones de la levita á doscientos treinta milímetros por encima de la rodilla.

Art. 4.º Tanto los cuellos como los vivos en las bocamangas y delanteras, serán del color que para cada cuerpo están prevenidos; teniendo presente al efecto que el de Estado Mayor los usará azul celeste, los Ingenieros blancos, la Artillería, Caballería é Infantería grana, blancos la Administración Militar, grosella la Sanidad y morado el Clero Castrense.

Art. 5.º Los Generales y Brigadieres llevarán pantalón largo encarnado ó de punto azul oscuro ó encarnado con bota de montar.

Art. 6.º Las divisas para todos los cuerpos del Ejército serán de la forma siguiente: Los Alféreces de Infantería una trencilla dorada en la parte superior de la boca manga y en ésta, dos los Tenientes y tres los Capitanes, en redondo sin ángulo alguno. Los de las mismas clases del arma de Caballería serán en un todo iguales á las de Infantería, si bien exceptuando el color que será blanco.

Art. 7.º Los Jefes desde Comandante inclusive, usarán las citadas divisas en un todo iguales en la forma á la del artículo anterior con la diferencia de ser galones en vez de las trencillas; pero advirtiéndole que los Comandantes y desde esta clase á Coronel inclusive, han de llevar las que usan en la actualidad formando escuadra en el cierre de la boca manga.

Art. 8.º Los pantalones para la Infantería serán de color grana sin franja alguna y del mismo color lo



serán los de la Caballería pero con franja negra y media bota.

Art. 9.º Los cuerpos de Estado Mayor, Ingenieros, Artillería, Administración, Sanidad y Clero Castrense, usarán el pantalón azul turquí con franja del color del vivo excepto en los Ingenieros y Administración que llevarán franja grana partida. En los cuerpos montados tendrán media bota y en los demás polainas.

Art. 10. Los Generales llevarán boinas encarnadas, chapa y borla de oro, y los Brigadieres azul con chapa y borla de plata.

Art. 11. Los cuerpos especiales tendrán boina del color del vivo con chapa y borla dorada los de Estado Mayor, Artillería, Infantería y Sanidad, y blanca los de Ingenieros, Caballería y Administración, no usando borla el Clero Castrense.

Art. 12. Los cuerpos del Ejército continuarán usando las boinas que en cada provincia estén señaladas.

Art. 13. Todos los Generales, Jefes y Oficiales llevarán los sables ó espadas, que se fijarán más adelante en modelos especiales, suspendidos con cinturón y tirantes sin labor alguna.

Art. 14. Esta circular no comprende los cuerpos que dependen de la Casa R... por sujetarse éstos á un reglamento especial.

Art. 15. Los Ayudantes de Campo usarán los cordones que deben usar en la actualidad, llevando en las bellotas la graduación que les pertenezca, de manera que los que dependan de un Mariscal de Campo llevarán sólo una bellota dorada, dos los de Tenientes Generales y tres los de Capitanes Generales; y los de la clase de Brigadieres cordón blanco con bellotas del mismo color.

Durango, 31 de Enero de 1874.—El Teniente General, Jefe de E. M. G. interino.—Antonio Dorregaray.—Excmo. Sr. Comandante General de. . . . .

## MUERTE DE UN VETERANO

EPISODIO DE LA GUERRA CARLISTA, POR D. JOAQUÍN LLORENS



ro estaba convertido en un formidable campamento. Mi-

**E**RA el mes de Noviembre del año 1873; la guerra civil ardía en toda la península española, el país euska-

les de combatientes, centenares de piezas de artillería atronaban diariamente con sus combates aquellas montañas; lo único que daba vida á las poblaciones de aquellas provincias, eran los preparativos de guerra. El ejército carlista tenía allí su cuartel general. Don Carlos de Borbón y Este mandaba personalmente su ejército de voluntarios.

Una tarde, cuando ya el sol tocaba á su ocaso, una brigada navarra que había estado maniobrando en los llanos de Ayegui, á las órdenes del renombrado don Nicolás Ollo y Vidaurreta, bajaba por la carretera de Los Arcos en dirección á Estella, llevando á la cabeza á Don Carlos.

La algarabía que resultaba de las conversaciones de tantos miles de hombres, formados en columna de viaje, fué cortada en redondo por un agudo punto de atención del cornetín de órdenes, á lo que siguió el toque de alto.

El motivo de todo esto era que Don Carlos se había apercibido de que en dirección opuesta y por el



mismo camino avanzaba el Santo Viático. Las tropas formaron en batalla junto á la cuneta de la carretera, los fusiles se inclinaron, los artilleros abatieron sus sables y terceroles, las lanzas de la caballería clavaron su hierro en el suelo, las bandas tocaron la Marcha Real, para saludar al Rey de reyes, que era llevado por un sacerdote, á quien guiaba un sacristán que empuñaba la campanilla y un farolillo.

Pie á tierra se coloca Don Carlos tras del sacerdote, y toda la columna retrocede, dando escolta á Su Divina Majestad.

Tan espléndida comitiva detúvose á la puerta de una miserable *borda* (casa de campo); vuélvense á rendir las armas, y al són de la majestuosa marcha, el Señor de cielos y tierra entró á consolar á uno de sus hijos, llevando de escolta á Don Carlos de Borbón y á su Estado Mayor.

Los habitantes de aquella ruinoso morada querían manifestar que su deseo hubiera sido adornarla para recibir lo más dignamente á Dios, y con este objeto habían esparcido por el suelo virutas de madera, pues en medio de su pobreza no disponían de otra cosa.

Un pobre anciano ya caduco, tendido en miserable lecho, era el motivo de tan suntuosa visita. Recibió este anciano los últimos auxilios de la Religión, preparándose para la muerte con la tranquilidad y contrición del que tiene el convencimiento que ha llenado durante su larga vida todos los deberes de un buen católico.





Terminada la augusta ceremonia, Don Carlos de Borbón socorrió con mano pródiga aquella familia, y dirigió algunas palabras de consuelo y resignación al que pronto iba á dejar esta vida, preguntándole al terminar:

—¿Tienes algún hijo?

—No tengo, Señor, más hijo que ese,—contestó el anciano, señalando un hombre viejo que al pie de la



cama rezaba.—Otro que tuve; murió en la pasada guerra, en la que los tres servimos en el ejército de su augusto Abuelo.

Hoy, ambos ya viejos en demasía, é inútiles por consiguiente para servir ni de parapeto á las balas, he cumplido mandando mis cuatro nietos á las filas de los batallones navarros, y ahora muero contento, porque he satisfecho un gran deseo que era besar vuestra mano, como lo hice con la de vuestro augusto Abuelo, y me voy á reunir con mi hijo, y con uno de mis nietos muerto hace poco más de un mes en la acción gloriosa de Mañeru.

Esto dijo el anciano y estampó en la mano de Don Carlos un beso, frío como dado por los labios de un agonizante.

La emoción más viva pintábase en el rostro de los presentes; más de una lágrima resbalaba por el curtido rostro de Don Carlos y de los jefes de su ejército,

quienes, rodilla en tierra, pidieron á Dios acogiera en su seno al que por su causa había dado su sangre y la de sus hijos y nietos.



## GUERRA DE MONTAÑAS

### II

**E**N el segundo período de que tratábamos en nuestro anterior artículo, la independencia relativa con que obran las pequeñas columnas, da lugar á que sus jefes tengan que preparar por sí mismos operaciones estratégicas aun más que tácticas, pues han de resolver problemas en que entren datos materiales y elementos morales.

No se trata de maniobrar con un batallón ó con una brigada obedeciendo órdenes superiores inmediatas, en cuya virtud el batallón ó la brigada se muevan sólo al impulso constante del general en jefe, á quien por lo tanto concierne la responsabilidad de lo que ocurra; no se trata de ésto, y he aquí una de las dificultades mayores en la segunda época de que tratamos.

En efecto: Al estudiar nuestras últimas guerras civiles tropezamos con gran número de acciones en las que 2,000 ó 3,000 hombres por cada lado han ocupado el mismo frente que 12,000 en otra clase de guerra, pudiendo, por lo tanto, compararse dichas acciones á los movimientos de un batallón, hechos con cuerdas, en el campo de instrucción, para la enseñanza de los sargentos, cabos y guías; y de la misma manera que el jefe encargado de dirigir las maniobras hechas con cuerdas, ha de tener el mismo golpe de vista y los mismos conocimientos tácticos necesarios para mandar un batallón efectivo, de la misma manera, decíamos, el jefe que tiene que sostener una acción de las citadas necesita poseer inteligencia, instrucción, dotes de mando superiores á las del que, aunque mande igual número de hombres, puede llenar cumplidamente su deber, circunscribiéndose á ejecutar movimientos cuya responsabilidad no le incumbe por responder á órdenes superiores bien fijas y determinadas.

Con lo que llevamos dicho, creemos haya bastante para hacer ver cómo los que en un principio están en condiciones de ser los jefes no pueden, (en general, salvo excepciones) continuar ejerciendo el mando luego cuando, al empezar la organización, la guerra deja



de serlo de partidas. Entonces es, precisamente, cuando se tropieza con grandes dificultades y empíezase á desarrollar el germen de muerte á que hacíamos referencia en uno de los párrafos anteriores.

Si continúan al frente de los voluntarios los que pudiéramos llamar sus jefes naturales, los que con su legítima influencia contribuyeron poderosamente al alzamiento, fáciles son de prever los fatales resultados que tal medida podría ocasionar.

Si, por el contrario, cesan en el mando y en su lugar se ponen jefes verdaderamente militares, ¿qué ha ocurrido muchas veces? Que los voluntarios, siempre recelosos de aquellos jefes á quienes no conocen á fondo, escarmentados con las traiciones de que han sido víctimas, empiezan por aceptar con disgusto este cambio de jefes, acostumbrados toda la vida á ver en los antiguos el prototipo de la lealtad, confiados en lo mucho que les conocen y en que, siendo del país, están más unidos á ellos, no sólo por los intereses generales de la causa que todos defienden, sino hasta por los intereses particulares de las provincias de que proceden, y, en fin, entusiasmados con los triunfos que á las órdenes de los antiguos han conseguido, les parece innecesario ese cambio de mandos que, á veces, llegan hasta á atribuir á manejos torpes y bastardos.

Esto no tiene nada de extraño, es natural; porque los voluntarios no comprenden que muchos de los triunfos obtenidos al principio se deben, en gran parte, á los errores del ejército liberal, que en sus operaciones contra las partidas siempre ha prescindido de las condiciones del terreno, ha cerrado los ojos á toda consideración, ha despreciado los antecedentes y datos que más debían influir en su modo de hacer la guerra, ha desoído constantemente los consejos de la experiencia, las sugerencias de los buenos principios, las máximas de los grandes capitanes y hasta las relaciones auténticas de los hechos consignados en la historia. Y este abandono ó esta ineptitud de los jefes liberales no podía menos de dar lugar á su derrota, tanto como al progreso, fomento y triunfos de las partidas carlistas.

Pues bien: los voluntarios, que saben batirse con heroísmo y morir con gloria, pero que desconocen los principios más rudimentarios del arte militar, é ignoran que una vez puestos al frente de tropas regulares se han desacreditado muchos y muy notables guerrilleros que no han sabido corresponder, ni con mucho, á las esperanzas fundadas en ellos al recordar sus victorias cuando mandaban partidas: los voluntarios, que no pueden hacerse cargo de cuáles causas pudieron influir más ó menos en sus primeros triunfos, explícanselos sólo por su propio valor y por la pericia de sus primeros jefes, lo cual unido á la ciega confianza que en éstos tienen, da lugar á que les disguste verse mandados por otros jefes cuyas brillantes condiciones militares no aprecian en todo su valor y á quienes, frecuentemente, no conocen, bien porque hayan militado (al menos *oficialmente*), en el campo enemigo hasta el principio de la guerra, bien porque hayan vivido (como suele ocurrir) algo alejados, durante la

paz, de la vida activa de la política ó en grandes poblaciones, sin roce ni trato alguno con los que luego son sus subordinados, cuyo disgusto y desconfianza manifestados privadamente en los alojamientos, bien pronto se hacen públicos, pues siempre el talento, la actividad, el carácter, todas las cualidades del jefe se conocen y comentan en seguida, exagerándolas en uno ú otro sentido, según la distinta impresión del primer momento; así que si esta impresión no es muy favorable, claro es que el jefe se ve al poco tiempo envuelto en una atmósfera pesada que ocasionará su caída y desprestigio al primer revés hijo de la suerte varia de la guerra.

Y aun sin llegar á tal extremo, siempre esa atmósfera contraria que jamás pasa inadvertida al general, perjudica extraordinariamente la marcha de las operaciones, porque suele coartar algo la iniciativa del general, pues no todos los hombres, por mucho corazón que tengan, por muy enérgicos que sean, tienen suficiente fuerza de voluntad para arrostrar tranquilos grandes responsabilidades cuando tienen la certeza de que al más ligero descuido involuntario ó al menor y más imprevisto contratiempo, se arrastrará por el fango su honor de caballero y de soldado.

Además, si se tiene en cuenta que los jefes, oficiales y soldados carlistas, aunque animados todos de hermosos sentimientos católicos, son al fin y al cabo hombres sujetos como tales á errores y pasiones, ¿qué tendría de particular que llegadas á cierto punto de tirantez las relaciones entre los jefes y los subordinados, éstos acabaran por manifestar ostensiblemente su desconfianza y su disgusto y hasta por manchar sus manos con sangre tan inocente como la del Brigadier D. Domingo Egaña, bárbaramente asesinado en los últimos días de la anterior campaña? Y ¿qué tendría de particular que los jefes, que no son santos, sino hombres también, acabaran por cansarse y aburrirse ante la injusta animadversión de que son víctimas? Nosotros hasta creemos que la mayor parte de los que han pasado por traidores, no lo han sido en el sentido que generalmente se da á esta palabra en estos casos, es decir, creemos que *no vendieron su espada*, sino que hartos de una guerra que emprendieron de buena fe, por tomar parte en la cual, perdieron su bienestar y su carrera, y que, después de exponer en ella su vida en mil ocasiones, solamente les proporcionaba sinsabores y disgustos más ó menos motivados, ciegos de indignación por todo ello, ofuscados por la desesperación, alucinados por la idea de la venganza, obraron como traidores y lo fueron, porque no todos los hombres saben imponerse, ni tienen tampoco suficiente virtud para sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo, como nos manda Nuestro Señor Jesucristo.

No se crea por esto que tratemos de atenuar en lo más mínimo lo miserable de la conducta de los que por tal ó cual motivo fueron, al fin, traidores y *precipitaron* el triste desenlace de la guerra, ya que no nos atrevamos á asegurar que fuesen la única y verdadera causa de nuestra derrota, puesto que, á nuestro juicio, la guerra estaba perdida desde que *se establecieron líneas*



y no se tomó enérgicamente la ofensiva á raíz de la muerte del Marqués del Duero y la completa derrota de su ejército que representaba el último y desesperado esfuerzo que en aquella época podía hacer el gobierno liberal, para oponerse al triunfo de nuestras armas. Como carlistas y como militares condenamos con todo nuestro corazón la conducta de los traidores, pero también condenamos la de aquellos que, por ignorancia y hasta quizás por cuestiones de amor propio, contribuyeron más ó menos á que la semilla de las traiciones fructificase en nuestro campo, y ponemos de relieve algunas causas, para que bien penetrados de sus fatales efectos los jóvenes que algún día podemos formar el núcleo de un ejército, tengamos todos, desde los primeros instantes, especial cuidado en evitar todo aquello que, análogamente á lo aquí expuesto, pueda hacer inútiles tantos sacrificios y tanta sangre.

Algunas consideraciones podríamos quizás hacer aquí sobre los procedimientos más acertados para salvar tanto las dificultades ya expuestas, como otras de orden más elevado; pero escribimos para los jóvenes, lo somos también y á nuestra edad sería hartamente presuntuoso tratar ciertas cuestiones. Así que, *por ahora*, nos concretaremos á recomendar á los jóvenes, á nuestros compañeros, que, como base sólida y principal de todo estudio serio, se preparen adquiriendo extensos conocimientos militares; porque si es verdad que por sí sola no sirve de gran cosa la teoría, también lo es que apoyada en el valor y en la firme voluntad de aprovechar las más pequeñas lecciones que pueda ofrecer la práctica de las marchas y los combates, bien pronto logra dominar la ciencia de la guerra.

Por lo demás, nos complacemos en hacer constar que la situación militar de nuestro partido es hoy superior á la de otros tiempos, porque hoy contamos con muchos oficiales generales á quienes todos respetamos por lo que se han distinguido en la última campaña, de cuya acrisolada lealtad bien probada en trece años de paz, no dudan ni aún los más desconfiados, y que (procedentes los unos de nuestras propias filas y los más de los cuerpos facultativos y de las armas generales del ejército que tantos laureles conquistó en África (1), relativamente jóvenes la mayor parte y secun-

(1) Entre los señores que figuran hoy en el Estado Mayor General Carlista y que han pertenecido al ejército antes de la guerra, se encuentran los siguientes: procedente del Cuerpo de E. M., el General D. Joaquín Llavenera; procedentes del Cuerpo de Artillería, los Generales D. Elicio de Bériz y don Juan M.<sup>a</sup> Maestre y los Brigadieres D. José Pérez de Guzmán, D. Antonio Brea, D. Manuel Fernández Prada y D. Alejandro Reyero; procedentes del Cuerpo de Ingenieros, los Brigadieres D. José Garín, D. Alejandro Argüelles y D. Amador Villar; procedente del Cuerpo General de la Armada, el General Barón de Bretauville; procedentes del Arma de Caballería, el General D. Francisco Cavero y los Brigadieres D. Carlos Calderón, D. Mario Villar y el Marqués de Vallecerrato; y procedentes del Arma de Infantería, el general D. León Martínez Fortún y los Brigadieres D. José García Albarrán, D. Simón de Montoya, D. Marcelino Martínez Junquera, el Barón de Montesquiu, el Barón de Sangarren, D. Manuel López, Don Carlos Costa, D. José Ferrón y D. Emilio Martínez Vallejo.

dados por una brillante oficialidad ya acostumbrada á batirse) con su valor y su inteligencia nos pueden inspirar confianza en la victoria; pero no por ello debemos (los que ahora somos unos *chiquillos*) abandonarnos con punible energía y dejarlo todo á la pericia de nuestros jefes, sino instruirnos para mejor facilitar la victoria, secundando bien sus órdenes, desempeñando con perfección cuantos trabajos nos encarguen haciendo imposible la reproducción de hechos que todos deploramos, enalteciendo con nuestros conocimientos el brillo de nuestras armas, honrando con nuestra educación verdaderamente militar, nuestras banderas.

Cuanto llevamos dicho sobre el segundo período de la guerra, otro tanto podríamos repetir al tratar del tercero, es decir, de aquel que debió decidir la suerte de la campaña y que exigía aún más estudio, puesto que en él había que tomar la ofensiva é ir á buscar al enemigo en país hostil ó indiferente, teniéndose que pelear en condiciones que le favorecían por causa del nuevo giro que tomara la guerra; y si bien es cierto que para dirigir estas nuevas operaciones no es necesario que el General encargado de ello se haya formado precisamente en la rutina de las obligaciones subalternas, porque las grandes concepciones estratégicas son á veces, hijas sólo del genio militar, que únicamente á Dios se debe y al estudio, ni á la práctica exclusivamente, ni á la costumbre; si esto es cierto, decíamos, también lo es que siempre el constante y profundo estudio de los grandes capitanes desarrolla y perfecciona las privilegiadas dotes militares que ganan las campañas.

Pasando ahora á considerar en general la guerra de partidas, y como ésta no se ciñe á regla alguna, pues todo sistema de combate se basa principalmente en el equilibrio (siquiera aproximado) entre ambos combatientes y siempre son las partidas inferiores por su fuerza moral y material al ejército regular y como, por otra parte, sólo el estudio detenido de las guerras irregulares puede disipar algo las sombras en que se envuelva la práctica del guerrillero, nos concretaremos sobre este particular á exponer algunas ligeras consideraciones.

No todos los hombres reúnen las condiciones necesarias para ser buenos guerrilleros, porque no basta ser valiente, hay además que ser activo, muy enérgico, hay que disponer de una voluntad de hierro y una constancia que raye en obstinación; hay, sobre todo, que poseer dos cualidades algo raras, la una es el insomnio natural y la otra la de gustar instintivamente del color de la sangre, la primera como guarda incorruptible y la segunda como elemento de terror; por que operando el guerrillero en país dominado por el enemigo, puesto fuera de la ley, perseguido de aspereza en aspereza y expuesto de continuo á ser víctima de la traición, si se supiera cuándo y dónde dormía estaría vendido y sin ser enérgico no se podría imponer al enemigo.

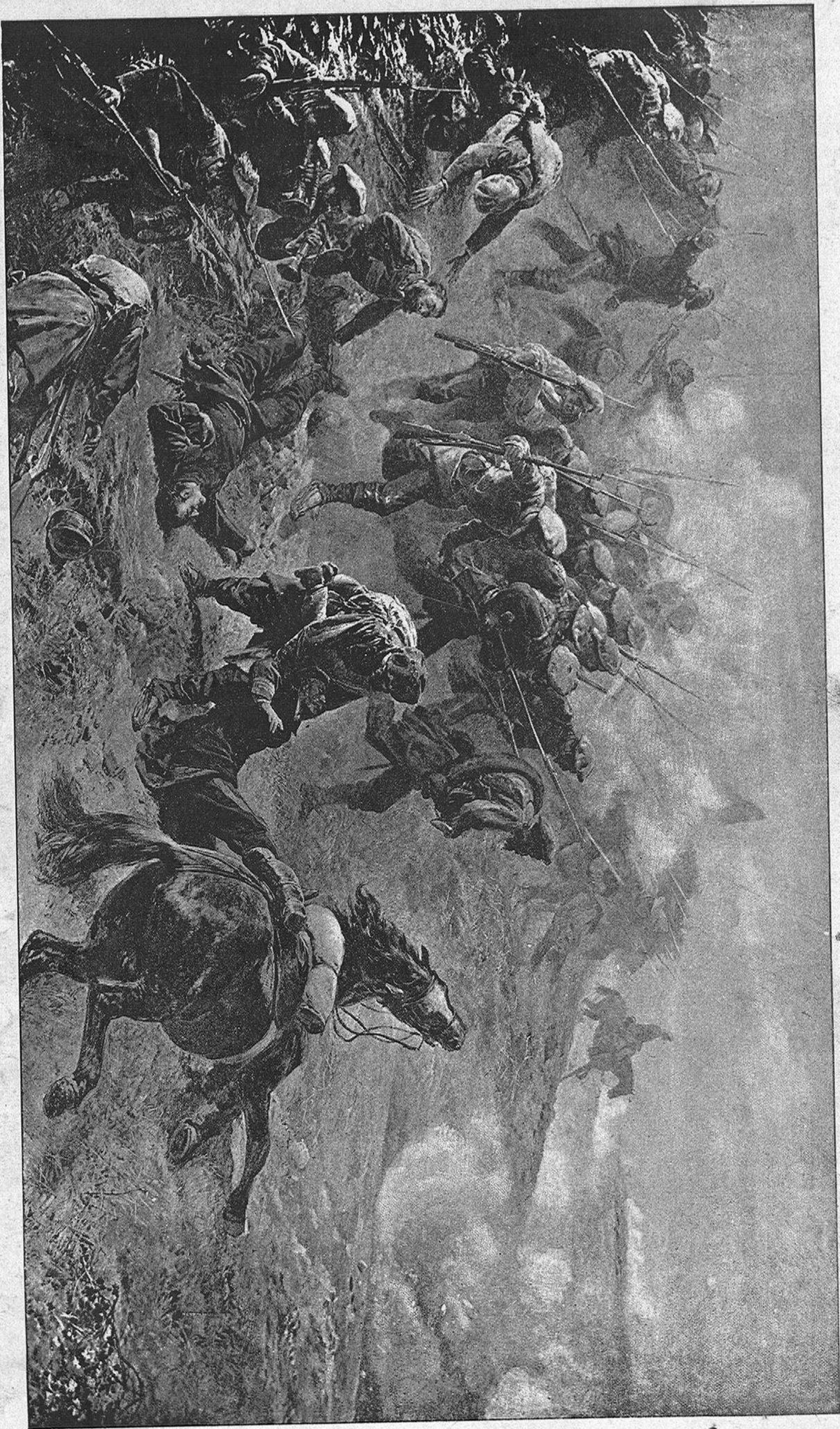
El guerrillero no necesita saber mucho, porque en medio del fuego no puede dudar, pensar ni vacilar un







EL ESTANDARTE REAL



EPISODIO DE LA BATALLA DE MENDIZORROTZ, (29 de Enero 1876).—Cuadro al óleo por R. BALACA





OFICIALES CARLISTAS MUERTOS EN CAMPAÑA.—CUADRO AL ÓLEO POR LUIGI GASPARINI







momento; no puede examinar detenidamente su situación ni el valor de los elementos con que cuenta, sólo el instinto puede iluminarle y sugerirle cuanto cumple á su posición y á sus intentos y para él no significan nada la táctica ni la estrategia, porque en su especial clase de guerra no hay bases, frentes ni líneas de operaciones.

El jefe de una partida debe llevar siempre consigo excelentes mapas del país y cuidar no tanto de mandar mucha gente, como de que ésta sea apta para las fatigas que ha de sufrir y las empresas que ha de acometer. Para obtener y conservar el apoyo del país hay que respetar las autoridades y los habitantes y no hacer alto mucho tiempo en un mismo sitio, á fin de no molestar demasiado á los pueblos ni gravarlos más de lo estrictamente necesario.

Un partidario no debe jamás creerse seguro, aunque sólo sea para comunicar á su gente hábitos de vigilancia y actividad; pero sin que las medidas de seguridad degeneren nunca en precauciones exageradas y pusilánimes que le desacreditarían.

En cuanto á los guías, conviene utilizarlos con precaución, para lo cual hay que conocer bien todo el terreno y mantenerse en constante comunicación con los habitantes por medio de los espías, que son el alma de esta clase de guerra. En las marchas se deben enviar 4 ó 6 hombres listos y activos hacia los puntos más convenientes con objeto de adquirir noticias y vigilar de cerca al enemigo; estos exploradores, desarmados, vestidos con el traje del país, hijos de él y conocedores de su dialecto y sus costumbres, entrarán en los mismos pueblos en que esté el enemigo, se mezclarán con los soldados, se acercarán á los jefes y oyendo sus conversaciones, por ellas y las de los soldados podrán averiguar gran parte de sus planes. Cuanto más se avance sobre la retaguardia del enemigo, tanta mayor audacia puede desplegarse.

El partidario debe tener siempre de su parte la ventaja de la sorpresa y no ser nunca sorprendido; evitará el encuentro del enemigo en tanto que pueda lograr su objeto sin necesidad de combatir, aunque sólo sea porque no siempre podrá atender bien á los heridos ni contar con grandes elementos para reparar las pérdidas. En caso de ataque, siempre debe tener libres más de una retirada, y, finalmente, procurará no abusar de las *dispersiones*, porque si se repiten mucho, acaban por desmoralizar la gente y disolver realmente las partidas.

Respecto á la guerra de montañas, en la cual la táctica y la estrategia están tan íntimamente ligadas que ambas parece como que se confunden, diremos que mucho se ha escrito sobre ella, pero que no habiéndose aún fijado bien las ideas sobre esta clase de guerra cuya práctica aparece desde el primer momento erizada de complicaciones y dificultades, nosotros nos limitaremos á lo estrictamente necesario para expresar cuál es el espíritu del ataque y la defensa de un país montañoso.

Consultado Don Carlos por los generales rusos sobre los medios de que debieran valerse para apode-

rarse de las posiciones de Plewna, en la última guerra de Oriente, resumió todos sus razonamientos en esta frase: *La iniciativa bien combinada es el medio infalible de conseguir la victoria*; y en efecto, está generalmente reconocido que en la gran guerra está la ventaja de parte del que sin dejar de prevenirse hábilmente contra los movimientos ofensivos del enemigo, toma resueltamente la iniciativa en los combates. Esta regla general sufre algunas excepciones en la guerra de montañas, en la cual y desde el punto de vista táctico corresponde la ventaja al defensor, razón por la que podemos sentar como base, que para dirigir bien la ofensiva es necesario hacer que el defensor sea el que ataque en el preciso momento del choque, obligándole á ello por medio de atrevidas marchas y movimientos tan rápidos como oportunos.

Obligadas, frecuentemente, las tropas á atravesar estrechos desfiladeros, á marchar por caminos casi impracticables, á trepar por rocas inaccesibles, á operar en terreno harto sembrado de obstáculos que embarazan y hasta paralizan los movimientos, las maniobras tácticas tienen que reducirse á la mayor simplicidad, y el secreto de la táctica elemental creemos que, para la *ofensiva*, consiste en emplazar algunas piezas de montaña en posiciones ventajosas, desplegar fuertes líneas de tiradores que avancen con resolución, sin arredrarse por las balas ni los obstáculos naturales, y contar con las reservas necesarias para cargar con éxito sobre la primera fuerza enemiga que empiece á vacilar ante el fuego de cañón ó el de los tiradores.

Para pelear á la *defensiva* se reunirá la mayor parte de las fuerzas en el nudo de las comunicaciones principales, se protegerán las alturas con puestos cuya fuerza esté en relación con la importancia de las posiciones que cada uno haya de defender más particularmente, y, se vigilarán los alrededores por medio de destacamentos avanzados.

REYNALDO BREA.

## NUESTROS GRABADOS

### Episodio de la batalla de Mendizorrotz

(lámina suelta)

Cuadro de notable entonación y vida es el del malogrado pintor español Sr. Balaca, del cual damos copia en el presente número.

Representa la brillante carga á la bayoneta que, según se verá por la explicación de esa gloriosa batalla, decidió del éxito de la misma, quedando la victoria por los soldados carlistas.

En primera línea aparece el Coronel Sr. Blanco, en el momento en que una bala enemiga puso fin á su preciosa existencia.

### Oficiales carlistas muertos en campaña

(lámina suelta)

Lindísimo, aunque de pequeñas dimensiones, es el cuadro del pintor italiano Luigi Gasparini, que trazó hace tres años una bella alegoría en que se encierran los retratos de algunos de los oficiales carlistas fenecidos en la última guerra.



En el platillo en que apoya su zarpa el león español se lee la palabra *Fuerza* y en el opuesto la que casi siempre es su contraposición: *Derecho*.

Nuestros lectores interpretarán desde luego la oportuna y gráfica idea que quiso expresar el artista.

Dicho pergamino, encerrado en lujoso marco cincelado en oro, ocupa lugar preferente en la Sala de Banderas del Palacio Loredán, al pie del Estandarte de la Generalísima.

#### **Doña Margarita de Borbón** (pág. 17)

Honramos la 1.<sup>a</sup> página del presente número con el retrato de la egregia dama que unió su suerte á la del Jefe augusto de nuestra Comunión.

Cuantos han militado en el Ejército carlista del Norte y no pocos de los que figuraron en el bando enemigo, recuerdan aún la caridad inagotable de la ilustre R... Margarita, que asistía personalmente en los Hospitales de Sangre á los heridos de ambos campos, en los cuales no veía más que españoles.

#### **Araña de trofeos militares** (pág. 20)

Fué idea felicísima la de combinar, para la iluminación de la Sala de Banderas de que hemos hecho mérito, varios trofeos militares procedentes de la última campaña, que forman una artística araña para gas, cuyo eje lo constituyen dos cañoncitos de bronce.

El grabado del presente número es reproducción fiel y exacta del original.

#### **Plano de la batalla de Mendizorrotz** (pág. 21)

Se fijan en él las posiciones ocupadas por las fuerzas carlistas y las que ocuparon las liberales en esa memorable acción.

#### **Un mártir por la Unidad católica** (pág. 24)

¡Bellísimo asunto para un cuadro, el de la muerte de los héroes que generosamente dan su vida por la Religión y por la Patria!

Aparece en el dibujo que para EL ESTANDARTE REAL ha hecho el Sr. Ross, un voluntario carlista expirante, que á la vez que dirige sus ojos al cielo, á donde va á morar pronto, se despide de su afligido padre, soldado como él del Ejército que luchó por devolver á nuestra patria la Unidad católica perdida y por la reivindicación de derechos que jamás prescriben.

Realza el colorido del asunto la presencia de una Hermana de la Caridad que, cumpliendo su nobilísima misión, acudió al campo de batalla en busca de heridos á quienes prodigar los consuelos de la ciencia y de la Religión.

#### **Anfora de plata** (pág. 25)

El regio presente ofrecido por Don Carlos para el tema en prosa del Certamen conmemorativo de la Unidad católica, bien merecía ocupar un lugar en las páginas de esta publicación.

Así lo creyó el augusto Donante, á Quien debemos la honra de haberlo tenido en nuestro poder el tiempo necesario para que uno de los más entendidos fotógrafos de Barcelona sacara de él una reproducción en platinotipia, de donde procede el grabado del presente número.

Dicha ánfora mide 50 centímetros de alto por 35 de ancho contados de extremo á extremo de asa.

Como se puede ver por el dibujo, á los lados del medallón central con el busto de Recaredo y la inscripción *Recaredo. 8 de Mayo. 589*, hay una cruz y una corona real unidas por gruesa cadena también de plata.

En la parte posterior del ánfora se lee la siguiente dedicatoria: *XIII.º Centenario de la conversión de Recaredo. Premio ofre-*

*cido por el Duque de Madrid: 8 de Mayo 1889.* A ambos lados de esta inscripción al igual que en los del medallón de Recaredo, hay una flor de lis.

#### **La muerte de un veterano** (págs. 27-28)

Competentemente autorizados por su autor, reproduciremos varios de los bellísimos episodios, escritos por el Sr. Llorens, que han merecido los más entusiastas plácemes de la Prensa carlista, y un caluroso aplauso del Doctor Sardá y Salvany en los tiempos aquellos en que no se recataba de secundar la propaganda carlista.

El episodio del presente número, que ha ilustrado el señor Ross, refiere los interesantes detalles que precedieron á la muerte de un antiguo soldado de nuestro Ejército, y, por lo tanto, no nos cabe duda de que ha de ser leído con especial interés por todos nuestros abonados.

### LIBROS RECIBIDOS

Acaba de publicarse el tomo 2.<sup>º</sup> del *Album de Personajes Carlistas*, que contiene notabilísimos retratos dibujados por D. Paciano Ross y 25 biografías por D. Francisco de P. Oller.

Cada uno de los dos tomos publicados se vende al precio de 3 pesetas en rústica y 4 lujosamente encuadernado.

Para el tomo 3.<sup>º</sup> se admiten suscripciones en la BIBLIOTECA TRADICIONALISTA, á razón de 2 pesetas en rústica y 3 en percalina.

Con muy buen acuerdo, el Sr. Albó, distinguido jurisculto de Barcelona, ha publicado una Memoria por demás interesante y amena, probando la influencia que el descubrimiento de las Américas tuvo en la prosperidad política y mercantil de España y en su decadencia económica.

Dicha Memoria, lujosamente impresa en el establecimiento tipográfico de *La Hormiga de Oro*, no es un grano de arena, como al autor le hace afirmar su modestia, aportado á la obra del Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, próximo á celebrarse, sino que constituye un trabajo de valia, ilustrado con interesantes datos, que ha de servir para el esclarecimiento de hechos no estudiados aún con la suficiente detención.

EL FIN DE UN MUNDO, libro extraordinario, por Eduardo Drumont. Versión española por D. Pelegrín Casabó y Pagés.

La librería *La Inmaculada Concepción*, de esta ciudad, acaba de publicar este libro, en que el autor combate brillantemente el socialismo moderno y vindica á la Iglesia de los ataques más furibundos que en los últimos años le han dirigido los escritores y periódicos franceses.

Un tomo de más de 600 páginas, 3 pesetas en rústica.

El incansable publicista Rdo. Dr. D. Isidro Vilaseca y Rius ha publicado la 2.<sup>a</sup> edición de los interesantes diálogos que, con el título *Ascensión y Pentecostés* merecieron justos plácemes de la prensa católica al ver la luz por vez primera.

En esos diálogos se explican con notable sencillez y claridad las doctrinas católicas y se aducen argumentos con que impugnar los de los adversarios de la fe.

Gustosísimos recomendamos la adquisición del folleto del Sr. Vilaseca, muy á propósito para ser distribuido como objeto de propaganda en los colegios.

En el próximo número daremos cuenta de los periódicos españoles y extranjeros que nos han honrado con su visita.

*Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.*